



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: La cultura española e iberoamericana y Rusia

Autor: Koudriavtsev, Alexandre

Forma sugerida de citar: Koudriavtsev, A. (1998). La cultura española e iberoamericana y Rusia. *Cuadernos Americanos*, 1(67), 45-49.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XII, Núm. 67, (enero-febrero de 1998).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

LA CULTURA ESPAÑOLA E IBEROAMERICANA Y RUSIA

Por *Alexandre Koudriavtsev*
VICEPRESIDENTE, SOCIEDAD
EUROPEA DE CULTURA

PERTENEZCO A UNA GENERACIÓN nacida en la ex Unión Soviética que recuerda la época del arribo de muchos españoles, llegados a Rusia, a Moscú, a causa de la Guerra Civil española. Muchos de ellos eran comunistas; otros, entre los que se contaban arquitectos, no hacían política; pero la mayoría eran niños. En el modo de hablar moscovita de los años 1940-1960 encontramos una particular expresión con un sentido muy claro: “los niños españoles”. Dicha expresión designaba a aquellos adolescentes españoles que se encontraban en Moscú en los años treinta y que vivieron allí, fueron a la escuela, a la universidad y después trabajaron con nosotros. Hoy, muchos de ellos y de sus hijos han regresado a España; otros, se han ido a trabajar a los países de América Latina, pero el resto se ha quedado y los nietos de estos “niños españoles” estudian y trabajan en Moscú (por ejemplo, en el Instituto de Arquitectura, Departamento de Historia de la Arquitectura).

Recuerdo todo esto no para destacar esta página de la historia, poco feliz, de las relaciones entre España y Rusia en el siglo xx. Es evidente que estos sucesos están enlazados con el trágico momento de la historia de nuestros países en el periodo de las deformaciones políticas debidas al totalitarismo. A los “niños españoles” los sentíamos más cercanos por espíritu y cultura, al haber compartido con nosotros la “vida soviética”, que a muchos representantes de otras naciones llegados a Moscú en el mismo periodo, como por ejemplo alemanes y chinos. Algunos de ellos han conservado su credo comunista; pero la gran mayoría, al igual que la *intelligentsia* rusa, lo ha rechazado tras haber comprobado el resultado en la práctica política y social. Sin embargo, no era solamente esto lo que nos acercaba a los hombres de cultura españoles del siglo xx. Nos parecíamos, principalmente, en muchos aspectos de nuestra memoria

histórica, por su estructura, grabada por el tiempo en la mentalidad rusa y española.

El gran poeta ruso de principios de siglo Alexandre Bloc opinaba que uno de los factores determinantes que habían forjado el carácter nacional ruso era el hecho de haber actuado, durante siglos, como “escudo entre dos razas enemigas: Oriente y Europa”.

Rusia y España, en el transcurso de casi toda su historia, se encuentran en una situación limítrofe, sirviendo de frontera a las grandes culturas de Occidente y del Oriente, siendo el territorio de sus conflictos y zona de consistente interacción. Hemos sido nosotros quienes, quizá sin darnos cuenta, hemos defendido a Europa, ya sea frente a las invasiones armadas como frente a aquellas “invasiones” —en sentido figurado— de presión excesiva de culturas no-europeas. España y Rusia han necesitado siglos y perdido millones de vidas humanas para superar las formas hostiles de colisión entre el Este y el Oeste, ayudando así al “corazón de Europa” a crear y formular los valores de civilización y de cultura que todos nosotros compartimos hoy.

Es bien conocido el efecto de la Reconquista y de todo el proceso de reapropiación de las tierras invadidas por el Islam, en la formación de la cultura y del carácter españoles. Nuestra “Reconquista” rusa llegó más tarde, en el siglo XIV, ciento cincuenta años después, con la devastadora invasión de los mongoles, última de las grandes invasiones nómadas en Europa, que alcanzó los límites de la República Véneta, cuando el Kan Djeba y sus hordas a caballo ocuparon Trieste. Rusia frenó esta invasión como lo había hecho España en tiempos del Califato, sacrificando casi la mitad de su población y mucho de su cultura.

A partir de aquel momento, y por lo menos durante cinco siglos —aunque no podemos saber si para siempre—, la cultura rusa se convirtió en “cultura de frontera”, aquella cultura del espacio caracterizado por una oposición constante, y a menudo violenta, entre Occidente y Oriente. En los Estados Unidos, mucho tiempo después, la ciencia humana habría acuñado un término especial para este tipo de cultura, *border-culture*, es decir, culturas que son capaces de desplazarse rápida y libremente en el espacio, de impregnarse de elementos extranjeros pero conservando sus características tradicionales “eternas”, sus cosas sagradas. Yo creo que tales procesos se observan tanto en la cultura rusa como en la iberoamericana. Es en estas dos culturas donde se han manifestado netamente las fuerzas, destructoras y creadoras contemporáneamente, de la interacción Este-Oeste.

Existen también coincidencias en el tiempo histórico. Nuestra "Reconquista" rusa, a la que acostumbramos denominar "liberación del yugo tártaro", terminó hacia finales del siglo xv, al igual que la española. Era el momento en que aparecían las principales características de la nueva civilización europea: el Renacimiento. La gran aportación de España a la cultura renacentista es indiscutible; pero nosotros, los rusos, sabemos hoy que el Renacimiento también se encuentra presente en nuestra cultura. Testigos importantes son la muralla y las torres del Kremlin, construidas por ingenieros italianos a finales del siglo xv, las catedrales del Kremlin y las célebres iglesias de los alrededores de Moscú, como, por ejemplo, la iglesia de la Ascensión en Kolomenskoe, edificadas por arquitectos llegados de Venecia y Bolonia.

Ahora bien, el Renacimiento español y ruso difería del "clásico" italiano. En primer lugar, la cultura de ambos países incluía en aquella época muchos elementos orientales y ciertas preferencias estéticas, el amor por el ornamento y lo pintoresco, por ejemplo. Pero igualmente importante era el hecho de que las energías de Rusia y España se habían dedicado, en gran parte, a la Reconquista y, por consiguiente, la Edad Media se había prolongado, dejando una huella más profunda y quizá todavía permanente.

En la Península Ibérica, por lo que conocemos a través de los estudios de los historiadores del arte españoles, al igual que en Rusia, el último periodo de la Edad Media se enlazó directamente con el Barroco, lo cual produjo un efecto "culturológico" muy interesante y singular. ¿No piensan ustedes que sea esto lo que haya hecho posible la existencia de una figura como el gran Cervantes? En Rusia, tales fenómenos influenciaron más a la arquitectura que a la literatura y, en el fondo, determinaron la originalidad del arte de construir ruso del siglo xviii, creando numerosos estilos en los que el Barroco revisitaba la Edad Media —por ejemplo, las célebres iglesias, muy recargadas, del "Barroco Narychkine" en Moscú.

Los sucesos que en el siglo xvi vivieron España y Rusia permiten establecer paralelismos muy importantes. Si la campaña de Hernán Cortés había tenido lugar en 1521, la de Ermak Timofeevitch, que marcó el inicio de la conquista de Siberia por parte de los rusos, fue en 1585. Y se ha de tener en cuenta que los rusos habían tenido que llegar a los Urales y al mar Caspio, lo que les llevó el medio siglo que separa a Ermak de Cortés. La Reconquista, en la estructura de la cultura nacional, se reemplazó entonces por la actividad de los conquistadores y por la apropiación de nuevas tierras: en ultramar los españoles y ultramontanas los rusos.

Hoy, con profundo dolor, pensamos en la incomprensión que engendró la tragedia de los primeros contactos europeos con las antiguas culturas de América, de Siberia o de Oceanía. La catástrofe histórica que representa la desaparición de tantas culturas, así como la pérdida de ciertos rasgos de identidad en otras, incluyendo aquellas que se encontraban en el territorio asiático de Rusia, se ha transformado en una pérdida irreparable para la cultura de toda la Humanidad. Se trata quizá de una de las más crueles lecciones sufridas ante la tolerancia que nos demuestra la Providencia. Esos ejemplos nos hacen apreciar netamente las prioridades de dicha tolerancia en el campo de la cultura, del respeto mutuo, del rechazo de la violencia —prioridades de los principios de la Sociedad Europea de Cultura y de la política de la cultura, en general.

La experiencia de la historia rusa y, parece también, de la española, atestiguan la necesidad de la tolerancia cultural en cuanto fundamento de la civilización europea. La penetración del patrimonio cultural de las antiguas civilizaciones en la cultura contemporánea demuestra que la diferencia y la síntesis de los más diversos elementos es posible.

Todavía existe un hecho que muestra aspectos comunes en nuestras culturas. En el siglo xx, durante mucho tiempo, la sociedad, en Rusia y en España, se paralizó. Nos encontrábamos aislados del resto del mundo, hecho que sin duda nos ha influenciado. Por el contrario, cada brecha que se producía en ese aislamiento se vivía como un gran acontecimiento. Fue un momento impresionante cuando, en el periodo del “deshielo”, conocimos la obra de los muralistas mexicanos, con un arte, el suyo, “que hablaba”, todavía más importante para nosotros porque se oponía al pomposo formalismo de nuestro “ideologizado” realismo socialista. Las obras de Rivera, Siqueiros y Orozco nos traían un “soplo de libertad”. Recuerdo, al respecto, que en los años sesenta un concurso para el Palacio del Soviet en Moscú fue ganado por un proyecto realizado a la manera de aquellos maestros.

Ahora bien, los sucesos del siglo xx, que continúan encontrando paralelismos entre el mundo ibérico y el ruso, plantean el problema de la tolerancia y de la no violencia de una manera más evidente situándolos en el plano político. Parece ser que en la Europa del siglo xx sólo Rusia y España han sostenido guerras civiles (no me refiero a conflictos internos entre etnias). Las deformaciones de la cultura política en los años del totalitarismo y el paso a la democracia en los dos países han representado uno de los procesos más importantes de la historia contemporánea. Pero en Moscú opinamos que la

experiencia española fue más feliz e instructiva a causa de la madurez política que ha permitido a España minimizar la conflictiva situación. Para nosotros, el modelo español es atractivo a tal punto que hoy se habla mucho en Rusia de la posibilidad de reinstaurar la monarquía para superar el posttotalitarismo.

Lo que sucede actualmente en nuestro país se parece más a la vida política de América Latina; y es con gran atención que seguimos los acontecimientos de esa parte del mundo. Al igual que en Rusia, en diversos Estados de América Central y del Sur, la vía hacia la madurez de la cultura política europea es un proceso en estado de llegar a ser, todavía no muy estable y a veces absolutamente inestable. Para empeorar las cosas está el hecho de tratarse de extensísimas zonas geográficas. El espacio ocupado por los países iberoamericanos y las repúblicas de la ex Unión Soviética representa casi el cuarenta por ciento de la superficie del globo terrestre y, lo que es más importante, en este territorio tiene lugar la ardua lucha entre los valores y factores de estabilidad y los de enfrentamiento, de destrucción y de creación, de violencia y de rechazo de la violencia, de tolerancia y de animosidad, la lucha por los derechos humanos, por los principios de la cultura y de la civilización, por el apoyo a la política de la cultura, llevado a cabo por los intelectuales.

Nosotros aspiramos al triunfo de los verdaderos valores; este triunfo no será posible sin la comprensión mutua, sin que tengamos en cuenta la interdependencia global en el mundo moderno, su nueva realidad, llegada con el final de la guerra fría. El objetivo más importante es movilizar el pensamiento europeo hacia la ayuda, moral e intelectual, de las regiones donde se está luchando por los valores de la cultura. En este sentido, los paralelismos históricos entre España y Rusia pueden resultar muy útiles para comprender los procesos sociales y políticos más modernos.

Traducción del francés de Luisa Ibáñez Pelechá